

LETRAS

letrillas

LETRONES

ÉTICA

El Golem, hoy

El animal humano, lo hemos visto (y seguimos viendo) hasta el cansancio, es capaz de la mayor bestialidad. Pero también está hecho a imagen y semejanza de Dios: es pensador (qué sería del universo si no hubiera nadie ahí tratando de entenderlo), es generoso y capaz de refinamiento estético y moral. Así pues, no sabemos qué pensar de él. Cada vez que se hace manifiesto algún aumento del poder de este animal sobre el orden de las cosas, se vuelve a reflexionar sobre el enigma de la naturaleza humana. ¿Es el humano merecedor de este poder?, ¿qué va a hacer con eso?

No hace mucho fue la energía nuclear (con la que el *sapiens* hizo de inmediato, claro, bombas potentísimas). Ahora es la ingeniería genética la que abre la discusión. Esto es, la posibilidad de alterar el curso, siempre azaroso, de

las cosas y diseñar humanos. Hay diferentes formas de hacerlo, pero ¿se vale?, ¿es el humano merecedor de ese poder?, ¿qué va a hacer con eso?

“En 1995 investigadores en Texas produjeron ratones sin cabeza”, lees en el periódico. Y ahí lo tienes, detrás de eso está la alhajita, el *sapiens*. Porque, por un lado, no ha de ser fácil: ¿cuántos años de ardua meditación se precisaron para alcanzar la técnica que permite hacer eso? Y por otro, eso que se logra es una atrocidad. El pensamiento delicado, el razonamiento fino, desembocan en el monstruo.

Los ratones sin cabeza no se producen en arrebatos de pasión ingobernable (según el esquema habitual), bailando en el frenesí del vudú, por ejemplo, sino razonando en la quietud del laboratorio. La bestia no aparece porque las pasiones más bajas arrollen su capacidad de razonar. No, la bestia aparece justamente al razonar en frío y se muestra ahí, en los razonamientos mismos.

Cuando el maestro Pascal se puso a

considerar el enigma de la naturaleza humana, ¿es ángel razonador o es bestia irredenta? (Mozart y Einstein de un lado, Goebbels del otro), llegó a una solución ejemplar: no es ángel ni es bestia, como parece tantas veces, es las dos cosas al mismo tiempo. Más precisamente, el humano es tensión entre estos dos extremos. O sea, es vacilación, tironeo, conflicto; en una palabra, el humano es drama.

Ahí está el ratón sin cabeza. Si la tirada (en plan de ciencia ficción) es, por ejemplo, obtener una generación de humanos sin cabeza que se usen de almacigo de órganos de trasplante, estamos en el terreno de lo francamente repugnante. Pero ¿por qué? No sabemos bien. Como siempre, tenemos intuiciones morales, no razonamientos precisos. Digámoslo así: la persona humana es algo demasiado valioso, delicado, podríamos decir, intocable, sagrado, como para que el entusiasmo del ingeniero genético meta en ella su manota. La persona no es un útil, no es un medio, no es tampoco, en un sentido, un animal, sino algo único e irrepetible, digamos, es un mundo entero, un absoluto. Ergo, un límite.

Mircea Eliade observa en alguna parte que las promesas de los viejos alquimistas vinieron a cumplirlas los científicos modernos: cambiaron el método, lo hicieron preciso y refinado, pero conservaron los ideales delirantes de los magos. Uno de ellos, como se sabe, fue hallar el elixir de la inmortalidad.

La medicina regenerativa (que estudia cómo gobernar las células para hacer crecer toda clase de tejidos y órganos) no es este elixir, pero es un paso hacia ese ideal. De ella, ¿qué te puedo decir?, esperamos grandes cosas, nadie está contra la investigación, hay que saberlo todo.

Pero cuando le preguntaron a Schumacher, el piloto alemán campeón de carreras fórmula uno, y el deportista mejor pagado del momento (gana mucho más que Tiger Woods, Michael Jordan o los ases del béisbol), que por qué no corría en las cuatrocientas millas de Indianápolis, respondió: “Porque en

esa pista los coches corren muy pegados a la valla protectora y eso la hace muy peligrosa.” Insistieron: “Pero otros pilotos corren, ¿no te sientes mal de no correr tú?” Y él respondió: “No, no creo que tenga que probarle nada a nadie.” ¿Qué opinas de esa respuesta? Para mí que ahí se ve, en parte, por qué Schumacher es campeón de carreras.

Y eso debería recordar al investigador de estas cosas, que su trabajo es peligroso porque corre muy cerca de la valla protectora y el Golem fatal acecha. Y ya sabemos que el humano es un animalito inteligente, pero ¿quién confía en él a ciegas después de todo lo que hemos visto?

Y bueno, una moneda está otra vez en el aire. Lo que tenemos delante, ¿es la lámpara de Aladino o es la caja de Pandora? No lo sabemos, y el drama de la aventura humana vuelve a desplegarse, amplia, su curva: ¿hasta dónde vamos a llegar? —

— HUGO HIRIART



can”, dedicados de puño y letra por Jorge Luis Borges a su amiga, la mayor de las Ocampo, la directora de la revista *Sur*. Estaban expuestas al módico precio de 35 y 45 mil dólares respectivamente.

Entonces, ¿cómo era posible? Cozarinsky, que frecuentó las tertulias literarias que aquella dama organizaba en su casa de San Isidro, recordaba esos y otros volúmenes, y también que la dueña de la casa, fallecida en 1979, jamás había autorizado la venta de la biblioteca, y que junto con la mansión y Villa Ocampo, su retiro de verano en Mar del Plata, formaban parte del legado que en 1973 la misma escritora había donado a la Unesco.

Sin pensarlo dos veces, el hombre dio la voz de alerta: “Quedé sorprendido porque recuerdo haber visto esos volúmenes en la casa de Victoria en los años sesenta, y nunca escuché que su biblioteca fue vendida”, declaró a *The New York Times*.

John Wronoski, titular de la *Lame Duck Books* de Boston y del sitio electrónico donde aparecieron los libros, tuvo su derecho a réplica: aseguró que el material había sido obtenido en “forma honesta”, por intermedio de “un reconocido vendedor de libros de Buenos Aires que estaba en una feria en París”. También dijo que en esa reunión se ofertaron otros volúmenes de esa biblioteca; se ignora si el comerciante sabía o no del valor patrimonial de los mismos; y se ignora además si se lo preguntaron.

Echó más leña al fuego Cozarinsky, quien dijo saber que no sólo faltaban libros sino fotos y otros artículos personales de Victoria Ocampo, todos de gran valor.

*

¿Por qué pensó la fundadora de *Sur* que la Unesco era la institución más ade-

cuada para mantener y fomentar la difusión de su obra y el cuidado de sus bienes? Acaso haya pensado solamente en una organización benéfica y esa fue la primera que pasó por su mente. El columnista norteamericano Alexander Stille, enterado del asunto, fue impiadoso: “La pérdida de la biblioteca personal de Ocampo es sólo el último episodio de una historia que data de 1973”, escribió. 1973: el año que eligió la escritora para donar sus bienes a la Unesco.

Si el periodista habla de “último episodio” es porque hay antecedentes. La villa de verano fue vendida por la institución en 1980. Del millón y medio de dólares original, hoy sólo queda medio millón. Pensada como un solar, casa de té, conferencias, exposiciones y conciertos, la alianza entre la Unesco y la municipalidad de Mar del Plata reconoce al menos una notable incompetencia administrativa, no exenta de sospechas de corrupción y eventual cleptomanía: fotos dedicadas, cantidad de ropa y un piano desaparecieron de allí como por arte de magia.

Pero según testimonios y fuentes consultadas, es peor todavía el estado de la mansión de San Isidro: paredes descascaradas, cochambrosas, invadidas por gusanos y gorgojos; humedad, goteras, polvo, hongos; el jardín, orgullo de la escritora, hoy no es más que un chaparral librado a los vuyos y los cardos. En este caso, las sospechas de latrocinio tienen nombre y apellido desde 1997 (el mismo año en que la casa fue declarada Monumento Histórico): la Dirección Nacional de Arquitectura de la ciudad de Buenos Aires desistió del trabajo de mantenimiento, argumentando falta de equipos y personal, facilitando de esa manera la entrada en escena de una empresa privada cuyo personal jamás puso un pie en las habitaciones y estancias alguna vez recorridas por Ortega y Gasset, Stravinsky, Malraux, Roger Callois y tantos otros. A la fecha, nadie ha dado cuenta de la cantidad de dinero invertido; los responsables ya no son miembros de la administración pública. Esa es toda la explicación.

PATRIMONIO CULTURAL

Los libros de la buena memoria

Escandalizado, turbado, siempre curioso, el escritor y cineasta argentino Edgardo Cozarinsky, radicado en París desde 1974, no podía creer lo que estaba viendo en la pantalla de su ordenador: un *web site* dedicado a la venta y la subasta de colecciones enteras, rarezas bibliográficas y otras exquisiteces estaba ofreciendo dos libros que el autor de *Vudú urbano* conocía bien: eran de la biblioteca de su amiga Victoria Ocampo. Se trataba de las primeras ediciones de un ejemplar de *Historia universal de la infamia* y de otro libro que incluye la versión definitiva de “El jardín de los senderos que se bifur-

En los últimos días, respecto a los libros de Borges “misteriosamente” aparecidos en Nueva York, empezó a circular otra versión, nada inverosímil, aunque nunca se sabe. Es de León Benarós, un artista muy amigo de Victoria Ocampo. Contó que la escritora era tan obsesiva con el cuidado de los ejemplares que cada tanto, y cada vez más seguido, los mandaba a un encuadernador. Benarós conjetura que, muerta Victoria, es probable que un alijo de libros haya quedado en manos del artesano. El hombre habría fallecido poco después que la Ocampo y los libros allí quedaron, en su casa, al abrigo o desinterés de su familia. Enterado un coleccionista, el “reconocido vendedor de libros”, es muy probable que haya hecho una oferta por el paquete y se los llevara.

La versión, nada descabellada, ilustra perfectamente el grado de desidia de los administradores culturales argentinos; más preocupados por conciertos de rock y efemérides trasnochadas que por una cierta tradición, no han podido, querido o sabido articular un sistema de control del patrimonio cultural. Así las cosas, *Clarín* acaba de informar que también corren serios riesgos los archivos y bibliotecas de Silvina Ocampo y Macedonio Fernández. “En ambos casos”, puede leerse, “los herederos están conversando en el mayor de los secretos con instituciones privadas locales y universidades prestigiosas del primer mundo. El dinero en juego es imposible estipular”.

Tan imposible como el futuro de la Argentina. —

— PABLO ENRIQUE CHACÓN

POÉTICA

¿Qué más da el contenido?

La culpa la tiene el estadístico que dijo que sólo hay un número limitado de argumentos en la historia de la literatura y que ya están contados todos. Redujo *Romeo y Julieta* a $A + B = C$, y luego vino el que también redu-

jo *West Side Story* a $D + E = C$ y llegó a la conclusión de que $A + B = D + E$, o sea que *Romeo y Julieta* era igual a *West Side Story*, y eso es evidentemente inaceptable. Pero es una teoría sencilla de memorizar y repetir, una de esas ideas que dejan al personal maravillado y pensativo (“Vaya, pues no había caído yo en eso”) y ahorra muchas lecturas porque, si uno ha leído a los clásicos, presuntos inventores de todo, creadores del mundo, figura que ya nadie puede sorprenderle con nada y eso proporciona al erudito un aire de suficiencia que lo pone por encima del resto de mortales, así que la famosa teoría ha tenido éxito.

Pero lo malo no es que estos axiomas los defiendan estadísticos, matemáticos y otros socios del club de las ciencias exactas, sino que se lo crean y apliquen literatos y estudiosos de la literatura que han decidido que, puesto que todas las historias están contadas, ya no importa lo que cuenten sino cómo lo cuentan. Y eso da lugar a un ejército de narradores que no tienen nada que narrar, gongoritos adoradores de la forma, obsesos del adjetivo, esforzados elaboradores de filigranas gratuitas o de autobiografías inanes y tediosas que renuncian al esfuerzo de la imaginación y al ánimo de sorprender. Se pierde el mensaje entre líneas y se recurre al panfleto expositivo para transmitir ideas, imponiéndolas en lugar de insinuarlas, compartirlas o contrastarlas. Ya no importa lo que se pretende con su narración porque se supone que ningún escritor tiene que pretender nada. O dice o no dice.

Se ríen a carcajadas cuando recuerdan lo que dijo Samuel Goldwyn, el productor de cine analfabeto, a uno de sus guionistas: “Si tiene algún mensaje que transmitir, póngame un telegrama”. Y así es más fácil. No tienes que plantearte qué tienes que decir antes de empezar a hablar o escribir. No hace falta que quieras decir nada porque ya está todo dicho. Basta con que domines el lenguaje lo bastante como para hipnotizar (digamos fascinar) al público, basta con que te entretengas escuchándote a ti mismo. Abre el *María Moliner* por

cualquier página, elige las palabras menos conocidas (*desentollecet, fasquía, asnillo*) y construye frases biensonantes, inescrutables e inextricables, porque eso emboba al lector dispuesto a reconocer su ignorancia y poner en un pedestal al malabarista del verbo.

Curiosamente, lo que nos empobrece la literatura es lo obvio, la palabra, la letra, la caligrafía, lo superficial, la imagen, tan afín a las imágenes de las pantallas, tan supuestamente enemiga de la literatura.

Claro que imponerse la escritura sin nada que decir provoca una cierta angustia, el famoso vértigo del creador ante el papel o a la pantalla en blanco, pero eso significa al autor, convierte la creación en un arduo combate, tanto más valorado cuanto sangrante, porque si el escritor quiere ganar mucho dinero deberá cobrar a tanto la gota de sudor, aunque ese sudor lo provoque el esfuerzo de construir una casa sin materiales antes que la búsqueda de material.

¿Qué mérito tiene escribir si ya sabes lo que tienes que decir y cómo, y además te lo pasas estupendamente escribiéndolo? Así, termina defendiéndose que la literatura no debe ser divertida, ni de escribir ni de leer, porque lo divertido (que es muy difícil de elaborar: ideas nuevas, sorpresas constantes, pasión) llega a un número excesivo de personas. Se desprecia lo que puede llegar a todo el mundo para conservar el placer de pertenecer a una minoría selecta, cuanto más minoría mejor. En el fondo, aunque toca protestar porque el público en general no lee, ninguno de los cultos exquisitos desea aumentar realmente los índices de lectura. Para garantizar que seguirán siendo unos pocos, una preciosa élite, un club con número limitado de socios, lo mejor es cultivar esta literatura que premeditadamente no tiene nada que decir, porque ya está todo dicho.

Eso explica que las librerías anden tan llenas, últimamente, de autobiografías tan semejantes entre sí, ensoñaciones triviales, la rutina como reflejo de la vida misma, la constatación de que ya no hay capacidad de sorprender ni de

sorprenderse, nostalgia de lo que ya no es ni será ni se quiere ser, trayectos de metro convertidos en viajes iniciáticos, pajas estériles, nonadas.

Se entiende. —

— ANDREU MARTÍN

POLÍTICA

El fabulista de Pyongyang

Se avergüenza de su metro con sesenta y dos centímetros y los esconde con discretos zapatos de tacón. Le gusta pintarse el pelo y luce un corte que es más eléctrico que esponjoso. Teme viajar en avión, bebe coñac caro y ama el cine de terror (nada como *Viernes 13, parte 7*, opina). En sus mocedades, se especializó en la composición de conmovedoras obras musicales. Dos de las más reconocidas son la enérgica *Mar de Sangre* y la dulcísima *Niña de la flor*. Con el paso de los años, aquel muchacho siguió enamorado de la música. A últimas fechas, se ha vuelto un experto organizador de eventos melódicos masivos. Ahora, sin embargo, los temas florales han quedado atrás. Las canciones que se escuchan en Pyongyang, en esos días de fiesta, tienen otros nombres. “El líder siempre estará con nosotros” o “Mi país bajo el sol del partido” son sólo dos de las baladas que endulzan los oídos del personaje regordete que se ha convertido, en los últimos tiempos, en uno de los genuinos dolores de cabeza del mundo: Kim Jong Il, el dictador de novela de Corea del Norte.

La excentricidad de Kim Jong Il explica su peligrosidad. Hijo de Kim Il Sung, el dictador impuesto por la Unión Soviética en 1945, Kim es un experto en la construcción de su propio mito. Aunque es sabido que nació en un cuchitril en Vladivostok durante el exilio de su padre en 1941, el cacique norcoreano se ha encargado de rescribir la historia. Los famélicos niños que asisten (a oscuras) a las escuelas en Corea del Norte aprenden rápidamente la leyenda del nacimiento del “Gran Lí-

der”: dentro de una hermosa cabaña, en el pico de una montaña sagrada, rodeado de aves celestiales y cobijado por un majestuoso arco iris (doble, para mayor efecto) y una solitaria estrella en el firmamento. No se entiende muy bien cómo es posible que, en esa noche legendaria, aparecieran un arco iris y una estrella, pero esos detalles astronómicos no importan cuando se trata de sacarle brillo a una fábula.

La infancia de Kim Jong Il estuvo



Kim Jong Il: la amenaza nuclear bañada en coñac.

marcada por el profundo desprecio de su padre (“Lo trataba como a un perro”, recuerdan quienes vieron juntos al palo y su astilla). Y es que, a decir verdad, alguna diferencia había entre ambos. Kim Il Sung podrá haber sido un títere de Moscú, pero también fue un verdadero héroe de guerra: combatió con bravura a los japoneses en la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, el joven Kim se dedicó menos al aprendizaje o al heroísmo que a la fiesta, las mujeres y el alcohol. Profundamente inseguro, el príncipe heredero trató de ganarse el favor de su padre a través de aquellas memorables puestas en escena musicales y, años después, gracias a su otro gran talento: la consecución de prostitutas rubias (de preferencia bailarinas suecas) para estructurar lo que Kim llamaba, con particular astucia verbal, “equipos de placer”. Las suecas se encargaban de mantener satisfechos a

los lujuriosos y se convirtieron, gracias al noble ejercicio de la promiscuidad, en la llave de entrada al poder para el joven Kim Jong Il.

El líder de los “equipos de placer” se convirtió en líder del pueblo norcoreano a mediados de los 90. A la muerte de Kim Il Sung, el hijo predilecto tomó las riendas de un pueblo que se vería sujeto a un proceso de hipnosis. En un ejercicio cercano a la distopía orwelliana, la sociedad norcoreana fue forzada

a referirse a Kim como “Gran Líder” (a Kim Il Sung le decían “Querido Líder”: algo de Maquiavelo habrá leído el hijo). Después de su bautizo megalómano, y a falta de recursos intelectuales, Kim optó por recurrir a la ficción que tanto amó en su juventud. Corea del Norte es la tierra de los mitos. Por ejemplo: entre muchas otras perlas por el estilo, los jóvenes que ingresan a la milicia norcoreana reciben una advertencia: de ser capturados por los Estados Unidos, los *marines* no tardarán en chuparles la sangre.

Los norcoreanos tuvieron que acostumbrarse al efectivo y omnipresente efecto de la propaganda del greñudo Kim. La radio norcoreana se reduce, para cualquier consideración práctica, a la frecuencia única y laudatoria al “Gran Líder”. “La bocina”, como se le conoce, es, según el columnista del *New York Times* Nicholas Kristoff, un “cordón umbilical electrónico”. El aparato, que no tiene otra estación sino aquella que se dedica a definir a Kim como “el mayor de los hombres hechos en el cielo”, está en la mayoría de las casas norcoreanas y es ejemplo cacofónico de las gruesas cadenas impuestas por un dictador de leyenda. Kristoff, uno de los pocos periodistas de Occidente que se han paseado por las sombrías calles de Pyongyang en los últimos años, se ha declarado asombrado por la efectivi-

dad de la hipnosis creada por Kim: “fue aterrador entrevistar a grupos de norcoreanos y escucharlos alabar a Kim Jong Il al unísono, como robots sincronizados”.

Quizá la sorpresa de Kristoff radica también en la comparación entre la eficacia de Kim como titiritero y el estado de la sociedad norcoreana: las cifras de pobreza y muerte por inanición son alarmantes. Tras las inundaciones de 1995 y 1996, Corea del Norte cayó en una espiral de pobreza que parece no tener fin: en 1997, según un estudio de la UNICEF, más de ochocientos mil niños sufrían de severa desnutrición y al menos cien mil estaban en peligro de morir. Para el 2001, el propio gobierno de Pyongyang había admitido la muerte de cerca de 250 mil personas por inanición (según CNN, las cifras podrían haber alcanzado los dos millones). Los estudios más recientes indican que una tercera parte de los 24 millones de norcoreanos viven en severo riesgo: el resto, por desgracia, no se queda muy atrás.

Y, mientras tanto, ¿qué hace Kim Jong Il? Además de las noticias sobre la hambruna norcoreana, el dictador se ha encargado de poblar los diarios del mundo con sus propias anécdotas. En plena crisis alimentaria de su país, Kim decidió comprar varios hornos para poder comer la auténtica pizza milanesa. Junto con los hornos llegaron a Pyongyang dos chefs italianos. Unos de ellos, que resultó ser un escritor en ciernes, relató su experiencia en un delicioso artículo llamado “Yo hice pizza para Kim Jong Il”. Pero eso no es todo. Kim también se dio el lujo de pedir doscientos Mercedes Benz Clase S, con un costo total de veinte millones de dólares. Además, a mediados de los 90, Kim se convirtió en noticia cuando la firma de licores Hennessy lo identificó como su cliente favorito: cuando de coñac se trata, Kim prefiere Hennessy Paradis.

Si todo se quedara en la historia de un lunático aislado, el problema no sería tan grave. Lo que ocurre es que Kim ha decidido salir a pasear. Quizás alentado por la gravedad de su propia situa-

ción (China, principal soporte de Corea del Norte, poco a poco la ha dejado sola), Kim necesita negociar. Y no tiene nada que perder. En uno de sus abundantes momentos de lucidez, el presidente Bush ha dicho que “detesta” a Kim Jong Il (“el tipo es un pigmeo”, remató el tejano favorito del mundo). Ya que es parte del Eje del Mal, Kim no tiene otra opción que mostrar su capacidad militar. Pero Kim no es Saddam. Años de sanciones probablemente han impedido que Hussein se arme como él quisiera. Corea del Norte es otra historia. Entre misiles nucleares que podrían llegar hasta Alaska (sin hablar de Japón o Corea del Sur) y la capacidad para vender material radioactivo a algún grupo terrorista, Kim Jong Il es un peligro real. Para contenerlo se necesita astucia y tacto diplomático. El reto es grande. Y el muchacho resentido de Pyongyang no tiene mucha paciencia. ¿Hora de coñac? —

— LEÓN KRAUZE

APÓCRIFOS

Por qué ladran

Mafalda murió atropellada; medio mundo ha oído que existe una última tira en cuyo cuadro conclusivo aparece tendida en el suelo con los ojos en cruz. Cada cierto tiempo recibo por correo electrónico “La marioneta”, ese poema que escribió Gabriel García Márquez al saberse enfermo de cáncer y que se parece tanto a “Instantes”, el poema tardío de Jorge Luis Borges. Apenas hace un par de semanas me topé con una reseña titulada “Play it again, Sam”, el parlamento inolvidable de Humphrey Bogart en la película *Casablanca*. Al tomar un café con un amigo que estudia matemáticas se quejó de que no hubiera un Premio Nobel para su gremio, y todo porque la esposa del inventor de la dinamita le fuera infiel con el matemático Gosta Mittag-Leffler. Y con cada apagón empiezo a tomar el tiempo hasta que alguien sucumba al impulso de citar las últimas palabras de Goethe:

“¡Luz, más luz!”

Las anteriores son premisas que contienen un grado mayor o menor de falsedad. Son sólo algunos de los numerosos lugares comunes errados que se asientan mediante un largo proceso de destilación cultural. Puede que el más notable de ellos sea “Ladran, Sancho, señal de que cabalgamos”, atribuido a Miguel de Cervantes Saavedra (quien, como bien se sabe, murió, al igual que William Shakespeare, un 23 de abril de 1616). Al terminar *Don Quijote de la Mancha* me extrañó no haberme topado con la celeberrima frase que había esperado durante el transcurso de la lectura. Traté de corroborar esta ausencia en diversas fuentes, pero lo único que encontraba eran ligeros cambios en la frase, citada por doquier. Incluso recurrí a un especialista de peso en el Siglo de Oro español, quien cautelosamente me sugirió que tales deslices de lectura son comunes en obras así de extensas. No era descabellado, tal vez al forzar los últimos párrafos de un capítulo antes de apagar la luz. Tan pronto como se me ocurrió verificarlo, descarté la idea. Releer la novela de Cervantes de inmediato para buscar algo tan específico parecía quitarle toda posibilidad de goce. Sin embargo, gracias a que ahora hay ediciones íntegras en Internet cualquier navegador permite comprobar en unos minutos si la frase forma parte de la obra o no. “Ladran” y “cabalgamos” son palabras que aparecen en las diferentes versiones y se repiten poco en el texto. Tan sólo requiere desplegar el menú Edición, elegir “Buscar en esta página” y teclear las palabras en los 52 capítulos de la primera parte y en los 74 de la segunda.

Nada.

Ni ésa, ni oración semejante aparece. Por métodos más tradicionales (y por fortuna) se ha comprobado que Borges y García Márquez no perpetraron los poemas mencionados. Cualquier enciclopedia servirá para aclarar que Cervantes y Shakespeare murieron en la misma fecha, pero con algunos días de diferencia; Inglaterra persistía en el calendario juliano mientras que en España se había adopta-

do ya el gregoriano que usamos actualmente. Con un vistazo a la biografía de Alfred Nobel nos damos cuenta de que sea cual fuere la razón que tuvo para no otorgar un premio a las matemáticas no fue por despecho conyugal, pues nunca se casó. E incluso Quino ha desmentido esa historietita terminal de Mafalda. Y sin embargo, se mueven; estas distorsiones siguen presentes, se comentan, se siguen disseminando: se replican.

De acuerdo con el biólogo británico Richard Dawkins, lo que hace especiales a los genes es su capacidad para replicarse. En su libro *El gen egoísta*, dedica un capítulo a explicar la manera en que entidades diferentes a las unidades genéticas pueden replicarse de manera similar a éstas. Para ello aventuró el término *meme*, como un sustantivo que diera la idea de unidad de transmisión cultural.

Las tres cualidades que permiten la supervivencia de toda entidad replicante son: longevidad, fecundidad y fidelidad de copia. En el campo de los *memes* las modas, por ejemplo, son fecundas en el corto plazo pero no son longevas, al contrario de lo que sucede con el corpus religioso hebreo, debido en buena medida al gran potencial que le concede la permanencia de los registros escritos. Algo semejante sucede con estos falsos lugares comunes de la cultura. Su longevidad puede llegar a ser ilimitada y al alcanzar cierto nivel la fidelidad de copia aumenta y se estabiliza.

Los *memes* se propagan a sí mismos saltando de cerebro en cerebro de manera semejante a como los genes se propagan en el caldo genético saltando de cuerpo a cuerpo vía esperma u óvulos. La transmisión genética y la cultural son análogas en cuanto a que, aunque en esencia son conservadoras, ambas pueden propiciar una forma de evolución.

Un caso que permite entender el proceso son las últimas palabras de Goethe. Esa dramática petición para es-



¿Quién se saca un meme del bolsillo?

pantar a las tinieblas, “¡Luz, más luz!”, tan sólo es una síntesis evolutiva, pues sus palabras completas fueron: “Abran la segunda persiana para que pueda entrar más luz”. En su caso, también existe la versión de que antes de expirar se dirigió a su hija para decirle “Pequeña, dame la patita”, mientras que un criado suyo aseguró que su último aliento lo empleó para pedirle la bacinica. Es obvio que entre las tres versiones la romantización encapsulada de la primera es la más apta para sobrevivir en su medio, la memoria, donde se ha replicado y subsiste.

No deja de ser sorprendente el arraigo y en algunos casos el refinamiento que alcanzan estas aseveraciones. La frase apócrifa de *El Quijote* es indudablemente buena y por eso ha permanecido, transformándose en un apéndice que precede a la obra. Su recurrencia demuestra el rol a veces creativo, a veces censor del inconsciente colectivo, que impone adaptaciones a lo que admite. Indica también que la frecuencia con que se transmiten estas imprecisiones debe ser inversamente proporcional a lo frecuentados que son los originales.

Si ladran, Sancho, es señal de que no los han leído. —

— GONZALO SOLTERO

LITERATURA

Reyes digital

Escribo esta nota fascinado por la voz de Alfonso Reyes leyendo el comienzo de su *Visión de Anáhuac*: “Viajero: has llegado a la región más transparente del aire”. La reproducción de la voz del mexicano tuvo lugar en la presentación de una edición digitalizada de sus obras completas. El lugar elegido para el acontecimiento fue el Instituto de México, situado detrás del Ateneo de Madrid, institución muy querida por Alfonso Reyes.

Nada que objetar a los que allí hablaron, salvo que pasaron por alto lo esencial: que Reyes es el gran olvidado de la cultura universal. Y es que aún no se han enterado los mexicanos, tampoco los hispanoamericanos, de que Alfonso Reyes es más que una literatura: es una forma de entender la inteligencia de lengua española. Una manera de universalizar otras tradiciones, otras culturas. Sin embargo, el principal culpable de este olvido, el nacionalismo revolucionario, no consiguió por fortuna quebrar el eje sobre el que aún gira una época crucial de la cultura contemporánea. Reyes sigue vivo. Reyes es el más grande humanista de la cultura hispana. Reyes es toda una biblioteca para comprender el mundo. Para vivir. Y porque así parece haberlo entendido, la editorial que publicó sus obras completas, el Fondo de Cultura Económica, ahora se atreve, junto a la Fundación Mapfre Tavera y la Fundación Hernando de Larramendi, a hacer esta edición digitalizada, acompañada de dos epistolarios.

Quizá sea verdad que el largo silencio sobre Reyes en Hispanoamérica se deba, según ha sugerido Rafael Gutiérrez Girardot, a la incapacidad para comprender una forma de pensar que no parece ajustarse al todavía triunfante estilo del “espumoso barroco”, y a que los “habitu-

dos a la vaguedad, el fárrago y la docencia pretenciosa”, como dice el propio Gutiérrez Girardot, son incapaces de comprender la concisión expresiva y la sustancia intelectual del estilo de Reyes. Pero, sin dejar de ser ciertas estas razones, sospecho que Reyes y su obra tienen también características que los hacen políticamente incorrectos para un tiempo de adocenamiento intelectual y entreguismo a los cánones de la burocracia académica. Especialmente, su afán de “escribir por escribir”, que, lejos de convertirse en una obsesión maldita por la búsqueda de un “estilo”, define un tipo de hombre íntegro, “una síntesis *sui generis* de ficción e ideación”, dice Gaos, capaz de mostrarnos que el pensamiento sólo surge del propio proceso de la escritura. El pensamiento que *emana* de la escritura, según ha insistido magistralmente Gabriel Zaid, sigue siendo el gran descubrimiento de Alfonso Reyes.

Es entonces cada vez más necesario leer a Reyes sin prejuicios academicistas, admitiendo que ese estilo surgido del “escribir por escribir” es casi todo en su obra: el estilo es ya una ética. Además, quien olvide que su prosa pertenece a un poeta no comprenderá la íntima verdad que encierra el estilo de Reyes: no hay pensamiento sin poesía, menos todavía tradición crítica sin artistas. Truncada quedará la recepción de este artista y pensador si se separan sus ideas de su prosa, la crítica de su poesía crítica. Antes, mucho antes de que T. S. Eliot ensayara sobre las vinculaciones entre crítica y poesía, Reyes ya había mostrado con perspicacia que el tiempo del pensamiento, de la crítica, es también el tiempo de la creación crítica. Alfonso Reyes escribió una primorosa poesía crítica. Sin importarle demasiado cómo llamáramos al cuento, a la narración corta, al poema, al drama, al tratado, al anecdótico, a la oración fúnebre, a la historia o, en fin, a la filosofía, su obra es todo un “canon” jovial para saber cuáles de esos “géneros” podrían alcanzar la calificación de obra



Alfonso Reyes, *la ética del estilo*

de arte, o sea, de crítica creativa.

Nadie que esté atento al pensamiento vivo, al pensamiento que no claudica ante la “norma”, podrá negar que las formas literarias utilizadas por Reyes forman parte de un “género” de larguísima tradición en la lengua española, la meditación, genuina forma de la “filosofía” en español, que el genio de Reyes convierte en ensayo, examen recurrente sobre la complejidad de lo real, descripción abierta y plural de la escisión entre arte y pensamiento provocada por el racionalismo moderno. La meditación hecha ensayo no es sino “este centauro de los géneros, donde hay de todo y cabe todo, propio hijo caprichoso de una cultura que no puede ya responder al orbe circular y cerrado de los antiguos, sino a la curva abierta, al proceso en marcha, al ‘Etcétera’ cantado ya por un poeta contemporáneo preocupado de filosofía”. Si su vida es, como versificara Borges, “pasar de un país a otros países, y estar íntegramente en cada uno”, su obra cabalga sobre un bello centauro que le permite pasar de un género a otros géneros, y vivir con pasión intelectual y esfuerzo poético en cada uno de ellos. El resultado de esa

peripecia humanista es la descripción de los síntomas emancipadores de una cultura, la de Iberoamérica, que no es objetiva y real sino que pasa previamente por la experiencia personal del artista y el pensador. La obra de Reyes, como su vida, es una tentativa abierta y feliz, un ensayo de conciliación permanente entre el mundo de las imágenes y el de los conceptos, de la creación y la crítica, de la poesía y la filosofía. Culminación del humanismo hispánico de todos los tiempos, el ensayo de Reyes es, a la vez que exponente atinado de una de las biografías más ricas del siglo XX, guía espiritual de quienes antes lo han estudiado en las historias de la literatura que en las de la filosofía.

Reyes ha conquistado para América lo que él mismo conside-

ró, en una carta a Bergson, el secreto verdadero de la cultura: la *continuidad*. Reyes ha logrado continuar una tradición de creación crítica que deberíamos retrotraer como mínimo a José Enrique Rodó. Gracias a ese descubrimiento, consiguió revolucionar la prosa de la lengua española a la par que consiguió hacer actual la inactualidad de las humanidades clásicas. ¡Portentoso prosista! Sus narraciones nos subyugan. Su peripecia vital no cabe en la mejor novela del siglo XX. Nadie mejor que él ha conseguido contarla. Su autobiografía es un monumento a la honestidad del oficio de escritor. Escribir, pues, con la bondad de Reyes es el primer precepto que debería figurar en el catecismo laico de los escritores de lengua española. Reyes es grande porque ha hecho de la literatura profesión. Ha convertido la profesión de literato, de escritor, en un digno destino, y ha elevado el ensayo a modelo moral de la cultura hispanoamericana. Zaid lo ha dicho con precisión poética: “El saber importante en un ensayo es el logrado al escribirlo: el que no existía antes, aunque el autor tuviera antes muchos otros saberes, propios o ajenos, que le sirvan para ensayar.” No

es suficiente el especialista, el hombre cargado de recetas, el que sabe y explica una determinada asignatura, sino quien muestra los límites y vinculaciones de su asignatura con otras. La verdadera cultura requiere la figura del creador. Reivindicar a Reyes a estas alturas no es sino una bandera a favor de un estilo ético y, sobre todo, una escritura política que apuesta por la “cultura libre (frente a la cultura asalariada), la cultura de autor (frente a la cultura autorizada por los trámites y el credencialismo), y la creación de ideas, metáforas, perspectivas, formas de ver las cosas”, en palabras de Zaid. La cultura es, en verdad, integración. La especialización sin universo, sin horizonte ético, es un disparate. Dice Reyes: “¡Ay de la ciencia que olvida la integración de sus destinos humanos, y particularmente si ella es la ciencia social! Esta integración se llama ética. El especialista —y hoy todos los somos, por la multiplicación de los conocimientos y las técnicas— nunca debe abandonar los universales, a riesgo de engendrar monstruos y de dar pábulos a los crímenes.”

Diversos son los caminos para eludir los peligros de la especialización, pero no parece que la cultura moderna, tan “falta de nexos” como sobrada de “enmohecimiento de la brújula”, pueda prescindir del ensayo, la escritura que procura vincular un saber especializado con los destinos sociales, el arte con la ciencia. El ensayo, tal como ha sido concebido por Alfonso Reyes, nos da pues la oportunidad de liberarnos de la “joroba” del especialista, y acceder al genuino mundo de la cultura. —

— AGAPITO MAESTRE

GÉNERO NEGRO

Los miércoles, picadillo de carne: una novela policial

Mi anglotocayo Richard Klinkhammer es un autor neerlandés de novelas policiales, no ya un Dashiell Hammett o un Jim

Thompson, ni siquiera un Janwillem van der Wetering, el más famoso internacionalmente de sus compatriotas dedicados al mismo menester. Sin embargo, debemos reconocerle una dedicación empírica al género que ninguno de esos ilustres colegas llevó a extremos tan sutiles de experimentación como los suyos.

Para decirlo de una vez, este buen *mijnbeer* Richard Klinkhammer asesinó hace once años a su esposa Hannelore y escribió una novela sobre el crimen perfecto: la novela se titulaba *Los miércoles, picadillo de carne* (o bien *Los miércoles, carne picada*), y su autor proponía en ella siete maneras, una por cada día de la semana, para cometer el tal crimen perfecto y desembarazarse del cadáver: un cadáver que era, dicho sea de paso, el de la esposa del asesino. La tarea del lector consistiría en averiguar cuál de esas siete maneras fue la escogida por el protagonista, esto es, por el criminal: un protagonista descrito por el autor con rasgos clarísimamente autobiográficos.

Ahora bien: la certeza de que *mijnbeer* Klinkhammer había asesinado a su esposa no se obtuvo sino en el 2000, al cabo de nueve años, nueve años durante los cuales *mevrouw* Klinkhammer sólo constaba como desaparecida, según la denuncia hecha ante la policía por su escribidor marido. Lógicamente la policía tomó cartas en el asunto, sobre todo al enterarse de que existía el manuscrito de una novela titulada *Los miércoles, picadillo de carne*, que el editor no se decidía a publicar por considerarla espantosamente mala.

Pero, si bien no publicado, el manuscrito era del dominio público, al menos en el mundo de las editoriales y de los escritores, y Richard Klinkhammer concedió durante esos nueve años bastantes entrevistas en las que dejó entrever que él mismo era el asesino protagonista de su propia novela. Cómo sería de fundada la sospecha que la policía llegó a solicitar de las fuerzas aéreas neerlandesas que sobrevolaran la casa del escritor fotografiándola desde las alturas con cámaras dotadas de rayos infrarrojos. ¿Resultado?: cero coma cero. Y así nueve años.

Mas, ¡ay!, sabemos de sobra que el crimen no paga y que el asesino siempre termina cometiendo un error. Richard Klinkhammer no ha sido la excepción, y su error consistió en vender su casa, cerca de Groninga, en cuya universidad —dicho sea de paso— hay verdaderos especialistas en la obra del gran escritor chicano Rolando Hinojosa. El cual, cuando le conté vía e-mail el caso Klinkhammer, me replicó desde el alma máter de Austin que menudo ego el de *mijnbeer*... sólo que la gente del gremio es así, y además me puso un ejemplo: “Ya lo dijo Reginald Hill (inglés y autor de *crimis*), que si visitas a un escritor y llevas la cabeza de su madre en una mano y un ejemplar de una de sus novelas en la otra, te recibirá con los brazos abiertos”.

Pero volvamos a nuestro caso. Sí, *mijnbeer* Klinkhammer vendió su casa, y el nuevo dueño ordenó derribar un cobertizo que había en el jardín, llegó el bulldozer encargado de remover y aplatar el terreno..., y salieron a la luz algunos huesos y la mandíbula de la dizque desaparecida *mevrouw* Klinkhammer. Su asesino (además de viudo suyo), inmediatamente detenido por la policía, confesó de plano. Y entonces resultó que la novela *Los miércoles, carne picada* ya no le resultaba tan espantosa al editor, quien quiso publicarla lo más pronto posible para capitalizar el escándalo.

Lo entiendo muy bien, en este mundo de cambalache discepoliano en el que vivimos, y donde semejante conducta crematística es deadeveras inocente comparada con la criminal energía que mueve a los traficantes de armas y/o de drogas. Eso sí, si yo fuera el editor, tendría un gesto de agradecimiento hacia las fuerzas aéreas neerlandesas y les regalaría un nuevo equipo de cámaras infrarrojas. Evidentemente no están al día en ese terreno. —

— RICARDO BADA

www.letraslibres.com